

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 189

Valencia, 9 de Agosto de 1937

María Carbonell, 2

Una nota del Ministerio de Defensa Nacional

La gran farsa del incidente del "Leipzig" narrada por un testigo presencial

Como se recordará, el Gobierno de Berlín afirmó que en los días 15 y 18 de junio último, un submarino había lanzado varios torpedos contra el crucero alemán «Leipzig», al cual no alcanzaron los disparos. El Ministerio de Defensa Nacional se apresuró entonces a declarar que si la agresión había existido, no partió de ningún submarino español real, ofreciendo demostrarlo, demostración fácil, por cierto, pues todos nuestros submarinos se hallaban en puerto en las fechas y horas en que se decían realizadas las agresiones que se nos imputaban. No obstante, a base del imaginario suceso, Alemania, secundada por Italia y Portugal, siguió desenvolviendo su maniobra con propósito de lograr determinadas actitudes del resto de las naciones comprometidas en el Pacto de No Intervención.

El Ministerio de Defensa Nacional ha realizado desde entonces esfuerzos para esclarecer este punto, en torno al cual aún sigue girando la política europea, y ha podido obtener declaraciones de un tripulante del «Leipzig», relatando detalladamente lo ocurrido a bordo de dicho buque antes y después de las fechas del 15 y 18 de junio.

Las agresiones, desde luego, no existieron, pero, como luego se verá, en el «Leipzig» hubo preparativos para hacerle objeto de un torpedeamiento real, del que se pudiera acusar a España, bajo indicios y apariencias que indujeran a error a la opinión universal, proyecto del que luego se desistió por no considerarse eliminados todos los peligros, limitándose la treta a decir que se había intentado el torpedeamiento.

He aquí las manifestaciones del marino alemán, cuyo nombre es forzoso mantener en secreto:

«Durante tres días, antes de que el «Leipzig» saliera para el Mediterráneo y con posterioridad al incidente de Ibiza, se ensayaron constantemente los «Horchgeräte» (aparatos auditivos para señalar la aproximación de submarinos y torpedos). Algunos de estos aparatos se cambiaron dos veces, y otros incluso tres. Sustituidos dichos instrumentos, se destinó al servicio de ellos un grupo de oficiales y marinos nuevos, grupo compuesto por once personas.

«Se dió la orden de partida y después de la primera llamada a cubierta, el capitán, von Loe-wisch, pronunció un discurso en el que dijo literalmente: «Nuestra misión es muy difícil. Los ojos de toda la nación están puestos en nosotros.»

«Luego de pasar el Estrecho de Gibraltar, se estableció a bordo un régimen especial. Ordinariamente, todos los marinos francos de otros servicios, están encargados de turnar en el de centinela; pero a partir del 7 de junio, se pusieron centinelas extraordinarias delante del depósito de municiones, o sea doble centinela —dos hombres— y encargándolas solamente a marinos de quienes se sabía que eran nacionalsocialistas fanáticos.

«Desde el 7 al 10 de junio, se hizo vaciar el depósito de municiones, transportándolas a otra parte del barco. Especialmente se habilitaron para depósito de municiones las cisternas.

«Los días 10 y 11 de junio, el «Leipzig» fué visitado por oficiales de la Marina italiana y también por oficiales españoles rebeldes. Los marinos italianos y españoles sostuvieron conversaciones secretas con el capitán, los oficiales superiores y

los técnicos de artillería del «Leipzig». Todos juntos hicieron varios recorridos de inspección por el barco, deteniéndose particularmente en la cámara vacía de las municiones.

«Tras tan minuciosas inspecciones, en las que los marinos alemanes, italianos y españoles observaron especialmente la cubierta de proa y las «schetten» (compuertas de la coraza), se dió orden de llevar de nuevo los obuses al depósito de municiones.

«Los marineros dedujeron que se trataba de discernir la posibilidad técnica de que el barco sufriera un torpedeamiento sin peligro efectivo de hundirse. Creen que ésta fué la razón de vaciar el depósito de municiones, a fin de evitar que la explosión del torpedo pudiera producir una catástrofe. El resultado de la inspección conjunta fué, por lo visto, negativo en cuanto a la capacidad de resistencia del barco, toda vez que se dió la orden de llevar de nuevo las municiones a su depósito.

«La Comisión de marinos italianos y españoles trasbordó del aviso «Meteor» la noche del 9 al 10 de junio. El «Meteor» acompañó al «Leipzig» constantemente desde esa fecha hasta el 21 de junio.

«Los días 15, 16, 17 y 18 de junio, como los anteriores y posteriores, no hubo alarma a bordo, donde se prestó el servicio normal establecido en el barco, ni se adoptó precaución nueva de ninguna clase, ni se hizo llamada a la tripulación, la cual no tenía la menor idea de que el crucero hubiera sido atacado ni de que se hubiera producido incidente alguno. La primera noticia que de la supuesta agresión tuvieron los tripulantes fué poco antes de entrar el barco en Wilhelmshaven. Horas antes de arribar a dicho puerto alemán, hubo llamada, y el capitán comunicó a los marineros que el crucero había sido atacado durante su viaje por «un submarino bolchevista». Oficialmente, sólo doce personas parecían en este momento noticiosas del ataque: los once miembros del grupo especial de los aparatos de vigilancia (Horchgeräte) y el capitán.

«Respecto de este grupo de observación, procede hacer constar dos hechos extraños:

«El 16 de junio fueron desembarcados cinco marineros y transportados en avión a Berlín, y el 19 de junio los otros seis (entre ellos, un oficial) fueron también llevados en avión a Berlín. Todos ellos quedaron vigiladísimo en el cuartel de aviación de Tempelhof (Berlín), donde estaban incomunicados.

«Los marineros tienen derecho, establecido por la costumbre, a un permiso de dos semanas después de cada viaje, y los del «Leipzig» esperaban que esta vez, como siempre, se les diera tal permiso; pero sólo cinco de ellos, personas seguras para el partido nacionalsocialista, lo obtuvieron, en estas condiciones: únicamente por dos días y con la restricción de permanecer en Wilhelmshaven, no alejándose del puerto más de 20 kilómetros. El resto de la tripulación quedó a bordo.

«Los marineros hicieron esfuerzos por hablar sobre el supuesto ataque al barco, con los oficiales, pero éstos rechazaron bruscamente todas las preguntas.

«Se ha procurado evitar la comunicación de los

(Continúa en la página siguiente)

INTERE-

sante nota del
Ministerio de

Defensa Nacional sobre el imaginario torpedeamiento del crucero alemán 'Leipzig'

Las agresiones no existieron, pero hubo preparativos por parte del enemigo para torpedear efectivamente al citado buque de modo

que se pudiese acusar a España, "bajo indicios y apariencias que indujeran a error a la opinión universal, proyecto del que luego se desistió por no considerarse eliminados todos los peligros, limitándose la treta a decir que se había intentado el torpedeamiento".

Elocuentes manifestaciones de un marino alemán.

(Léase la nota del Ministerio de Defensa Nacional)

El fruto de la rapiña

Divergencias germanoitalianas con motivo de los suministros de mineral español

ROMA. — Durante las últimas semanas, se han sostenido negociaciones entre el Gobierno de Italia y el representante de Franco, con el objeto de obtener un aumento de las importaciones de mineral español. Se sabe que, hasta ahora, Alemania ha sido el principal comprador de los minerales de hierro y pirita, procedentes principalmente del sur de España (región de Huelva) y de Melilla. Salvo algunos pequeños envíos, Italia no ha recibido ninguna cantidad importante. No necesita pirita, puesto que no puede consumir el total de su propia producción, de la cual exporta el excedente. En cambio, los altos hornos de las fábricas italianas demuestran, como las alemanas, gran interés por el mineral de hierro que se embarca en el Marruecos español. El mineral vasco se considera como complementario.

La novedad de esta situación está en que los italianos comienzan a hacer una competencia encarnizada a los alemanes. Esta acción ha sido iniciada principalmente por el Ministerio de Hacienda italiano, que exige, de una manera formal, que al menos una parte de los trabajos y esfuerzos italianos en España, sea recompensado.

Si Italia tiende ahora a asegurarse cantidades más importantes, tendrá que hacerlo a costa de los suministros ya en parte hechos a Inglaterra, lo que aumentaría la penuria de mineral en este país, o a costa de Alemania. Para el año próximo, no se ha formalizado ningún acuerdo, respecto a los minerales de la región del Rif, con los representantes del III Reich (Trust Himmata-Ravak). Durante el año 1937 se vendió a Alemania 800.000 toneladas de mineral y el resto fué suministrado a Inglaterra, a Polonia y a Checoslovaquia. Sin embargo, las entregas a Polonia y Checoslovaquia han sido interrumpidas bruscamente y las cantidades que les estaban destinadas se están entregando a Italia. No obstante la producción total de este año tiene po-

cas probabilidades de sobrepasar la cifra de un millón trescientas mil toneladas, y como quiera que los italianos exigen se aumente la cantidad que «les corresponde», Inglaterra se resentirá considerablemente de falta de mineral.

En lo que concierne a las exportaciones de pirita, procedentes de las regiones de Huelva y de Sevilla, la situación es análoga. Están a punto de terminar las negociaciones de Ramón Franco con las autoridades italianas. Sin embargo, como Italia no tiene necesidad de pirita, se quiere vender la pirita en plaza, contra divisas, a otros países, para recuperar los gastos de sus suministros militares.

M. Montagna, experto italiano en mercurio y gran conocedor de las cuestiones mineras, se encuentra actualmente en España para ocuparse de estos asuntos. El retraso de la solución de los problemas de suministros planteados, se deben a la firme resistencia que oponen los alemanes, decididos a no dejarse arrancar su posición preponderante en el dominio de las minas españolas. Estos hechos son característicos de las competencias y desacuerdos del eje Berlín-Roma.

El salvaje desquite de los facciosos en Cuenca

Por primera vez la ciudad de Cuenca ha sido salvajemente bombardeada por los aviones fascistas. Ningún objetivo militar, ningún depósito ni centro de operaciones existe en aquella ciudad, con lo que la aviación negra pueda justificar un ataque nocturno. Es la salvaje venganza de los rudos golpes que acaban de sufrir en los frentes de Teruel.

Enfurecidos los facciosos por los golpes que les ha infligido el auténtico Ejército popular, han querido tomar una de esas cobardes represalias que tienen toda la ferocidad de la cobardía.

(De «Frente Rojo», 7-VIII-37.)

Nota del Ministerio de Defensa Nacional

(Continuación)

tripulantes con sus familias. Desde el 24 de junio al 7 de julio no se dió curso a las cartas que los marineros dirigían a sus familiares.

«En cuanto al aviso «Meteor», mandado por el capitán von Eisen (intimo del capitán del «Leipzig»), la tripulación no observó nada, a pesar de haber viajado durante todo ese tiempo el «Meteor» al lado del crucero. El «Meteor» era esperado en Wilhelmshaven el primero de julio, pero no llegó hasta el 6. Su tripulación recibió el permiso con la misma restricción de dos días y permanecer en el puerto. Igualmente se interceptó su correspondencia.»

Del relato, literalmente transcrito, se deduce:

Primero: Que el trasiego de las municiones desde los pañoles a las cantinas, respondía, indudablemente, al propósito de que el «Leipzig» fuese realmente torpedeado, para lo cual se pretendía disminuir el peligro de que la explosión del torpedo repercutiese en las pañoles, ocasionando una verdadera catástrofe.

Segundo: La agresión así proyectada podía realizarse un submarino italiano, cuyos torpedos son iguales a los españoles, con lo cual, al recogerse dentro del casco del crucero alemán trozos del torpedo disparado, se daba fuerza a la acusación contra nosotros.

Tercero: Quizá llegó a pensarse que era posible el torpedeo real sin peligro de hundimiento del buque agredido, mediante la disminución de la carga de la cabeza de combate del torpedo y sustituyendo por arena u otra sustancia la parte sustraída para conservar el equilibrio de pesos del torpedo.

«Cuarto: No creyendo eliminados todos los riesgos de hundimiento del «Leipzig», se desistió del aventuradísimo propósito encaminado a producir un «casus belli», quedando todo reducido a la falsa versión de unas agresiones inexistentes, de las que ningún tripulante del «Leipzig» llegó a enterarse.

Del magno proceso histórico contra los facciosos

(Este informe pertenece a las diligencias sumariales que, por orden circular de la Fiscalía General de la República, están instruyendo todos los fiscales del territorio leal)

Otras sangrientas facetas de la crueldad fascista

(Relato, según las declaraciones prestadas ante la Fiscalía del Juzgado de Urgencia de Extremadura, por los testigos presenciales Laureano Cordero Cabello, Domingo Díaz Ribera y Manuel Vázquez Mesa, vecinos de Valle de Santa Ana (Badajoz), y de oficio trabajadores del campo.)

LA REVANCHA DEL CACIQUE

Los facciosos habían entregado el pueblo al viejo cacique Francisco Puentes Peregrin. Este, era un médico rutinario y enfático, que durante muchos años había dispuesto de la voluntad de los vecinos, sometidos a las mañas políticas de aquel hombre cazurro y cruel, que sabía de todas las impunidades para perseguir con saña tenaz, en sus intereses y vidas, a quienes no le obedecían como siervos incondicionales.

El tal «don Francisco» había sufrido un eclipse en su tiranía a partir de las elecciones de 16 de febrero de 1936. Entonces, muchos habitantes del pueblo se desentendieron de la rígida autoridad del cacique odiado.

Pero cuando el 21 de septiembre de aquel mismo año, fué invadido Valle de Santa Ana por los moros, falangistas y guardias civiles, recobró «don Francisco» su omnimodo poder y se dedicó, con sádica fruición, al aniquilamiento de las familias que, meses antes, se le habían rebelado.

En las afueras del pueblo aparecían todas las mañanas los cadáveres de las mujeres, niños y hombres que, durante las noches, habían sido asesinados por los secuaces del cacique...

UNA INSOSPECHADA «LISTA NEGRA»

Aquel sangriento exterminio alcanzó después a varias personas a las que «don Francisco», por un motivo fútil, calificó como sospechosos. El déspota había dado orden de que todas las banderas republicanas, retratos de figuras políticas de izquierda y cuadros alegóricos que habían sido recogidos por los facciosos durante el saqueo de las sociedades afectas al Frente Popular en el pueblo, fueran esparcidos por el suelo de una calle, y se le había impuesto al vecindario la obligación de pasar sobre ellos pisoteándolos. El cacique presenció aquel espectáculo y fué anotando los nombres de quienes, al golpear con los pies aquellos objetos, no lo hacían con toda la violencia que él deseaba.

En noches sucesivas, se fué pro-

cediendo al fusilamiento de todos los vecinos, que «don Francisco» había anotado por aquella causa.

UN TÍPICO TRIBUNAL DE JUSTICIA FASCISTA Y SUS TERRIBLES DECISIONES CONTRA UNAS POBRES MUJERES

Al tiempo que los facciosos iban cometiendo los asesinatos de vecinos, eran citados los parientes, todavía no detenidos, para que comparecieran ante un «tribunal competente» que se reunía a diario en la Casa Ayuntamiento.

Constituían aquel tribunal, presidido por «don Francisco», los principales componentes de la banda de verdugos que tenía atemorizados a los pacíficos habitantes de la comarca. Domingo Rodríguez Ibáñez, un albañil que se jactaba de ser quien mayor número de izquierdistas había matado ya en el pueblo; los hermanos Antonio y Bonifacio Sánchez; Sebastián Maciá; Crisanto Angulo; Avelino Méndez; los tres hermanos Bermejo; el farmacéutico José María Soto; Antonio Salguero; José Sánchez y José Méndez Carrasco, un rufián, borracho y matón, a quien el cacique había otorgado el cargo de alcalde de Valle de Santa Ana.

Aquel día habían sido convocados para presentarse ante ese tribunal, las viudas de los vecinos Damián González, José Díaz Bastiáñez, José Gómez Vázquez, Sabino Giménez, Francisco Gómez Cabado y Victoriano Vega, fusilados la noche antes.

Fuó un triste desfile de pobres mujeres, que entraban en la «Sala de Justicia» abatidas y sollozantes, a las que se obligaba bruscamente a cesar en el llanto. ¡A callar, si no querían ser fusiladas en el acto! Luego, a cada una, se la presentaba un documento, en el que constaba que su marido había muerto en el frente en lucha contra los rojos, y se las ordenaba que lo firmasen, bajo pena de muerte si no lo hacían.

Llegado el turno a la viuda de Sabino Giménez, manifestó ésta tímidamente, que no sabía leer ni escri-

bir. El cacique la reprendió engolando: «No le daba vergüenza a aquella mujer confesar su ignorancia? Ella le expresó, con humildad, una explicación: ya sabía el «señor» que los pobres del pueblo no podían ir a la escuela porque habían de emplear todas las horas del día en trabajar las tierras de él; y, claro, por la noche, ya no les quedaban alientos más que para llegar a casa y tumbarse a dormir.

Mal ceño puso «don Francisco» al escuchar lo que él consideró una insolencia. Decidió que aquella mujer quedase detenida, «por desacato a la autoridad». Y continuó el acto: «A ver, que pasara la siguiente!

Y entró Marcelina Zaino. Esta, enterada de lo que pretendían que firmase, se irguió en súbita protesta. ¡Nada! ¡Ella sabía que a su marido lo habían asesinado ellos mismos; y, por lo tanto, no estaba dispuesta a declarar que el infeliz había muerto en el frente. Además, no sabía firmar; pero, aunque supiera, no lo haría.

Ahora, el cacique sonrió socarrón al manifestar unos comentarios en tono de sorna. Se dirigió a los miembros del «tribunal», Bonifacio y Domingo, y les dijo que sacaran a las dos detenidas al patio y les dieran una lección elemental; pues era lamentable que aquellas mujeres no supieran leer ni escribir, y había que remediar el caso. Y cuando aquellos individuos salían con las dos mujeres, que habían quedado atónitas sin comprender bien de lo que se trataba, completó «don Francisco» el mandato: no olvidasen ellos aquel refrán que dice: «La letra, con sangre entra».

Un instante, y en el patio sonaron unos tiros. Las dos desdichadas mujeres habían sido fusiladas. Bonifacio y Domingo retornaron a la sala guardándose las pistolas con las que acababan de cometer el crimen. Ya estaba arreglado el asunto. «Don Francisco», con fría calma, reanudó la sesión, con unas palabras formularias, como si lo ocurrido no tuviera importancia: «solucionado el incidente, podía pasar ya la mujer que estuviera en turno.

Figuras del fascismo: «el honorable señor marqués»

(Relato, según la declaración prestada ante la Fiscalía del Tribunal Popular de Murcia, por el testigo Manuel León Muñoz, natural y vecino de Málaga, de profesión vendedor ambulante.)

EL VIEJO RECOVERO

Varios modestos vendedores, que tenían instalados sus puestos en aquel abigarrado Mercado malagueño, conversaban con algunos agen-

tes de la autoridad encargados de la vigilancia durante las horas de aglomeración en ese lugar. La ruidosa invasión de gentes, que huyendo del terror fascista, habían llegado, de pronto, a Málaga y llenaban las calles con algarabías de multitud desorientada, tenía una repercusión casi tumultuosa en los mercados de la ciudad, en donde, al ir y venir de personas desconocidas, se unían muchos humildes vendedores forasteros, que habían improvisado pequeños tenderetes con frutas y hortalizas y vocaban sus estridentes pregones. Los vigilantes, habían tenido que intensificar su labor investigadora, para evitar que en la confusión de aquellos días se hubiesen infiltrado entre el gentío algunos elementos indeseables. Durante esa tarea, se habían fijado los alguaciles en un viejo astroso, sucio, de pelo ralo y barba mal afeitada, que, sentado sobre un desvergonzado cajón, atendía a la venta de un par de gallinas y unas docenas de huevos. ¿Quién era aquel hombre, que había aparecido hacia unos días en el mercado? Unos vendedores, con la propensión conmisericordista de las gentes de pueblo hacia un compañero desvalido, facilitaban datos favorables para aquél. Se trataba de un pobre hombre que, en tono de desolación, les había hablado de su tragedia: allá, en el campo de Gibraltar, donde él residía, le habían truncado los facciosos su tranquila existencia de trabajador que, agotada su fortaleza física, vivía acogido al calor de sus hijos; a dos de éstos, a los varones, se los habían llevado al frente de combate; la hija se la habían arrebatado unos moros, ¡y a saber el triste fin que habría tenido la infeliz! Y él, solo y sin recursos, hubo de ocultarse y, tras no pocas penalidades, había conseguido alejarse de su pueblo, cercano a Algeciras, y pasar al territorio leal.

Los vendedores completaban sus informes. Ellos le habían recibido con solicitud; le habían protegido llevándole a sus sindicatos, en donde le facilitaron la oportuna documentación para que nadie le molestara y le proporcionaron una cantidad para que se ganase la vida en aquel puestecillo de recovero.

Los vigilantes, complacidos, se aproximaron al viejo y le saludaron afables, mientras le ofrecían un cigarrillo: «¿Cómo lo pasaba el abuelo? ¿Se iba confortando su ánimo? El viejo les respondió tristemente: «¿Cómo querían que estuviera? ¡Era tan penoso el drama de su vejez! Y casi asomaron las lágrimas a sus ojos, al expresar unos comentarios: «Los malditos facciosos le habían sumido en la desgracia! ¿Qué hubiera sido de él, si aquellos buenos camaradas del mercado no le hubiesen favorecido con su bondadoso afecto? Terminó con una afirmación de sincera gratitud. Lo único que él añelaba ahora era que llegase un día en que pudiera corresponder a aquel noble y desinteresado proceder de tan buenos compañeros.

EL «SEÑOR MARQUES» SE HABÍA SACRIFICADO UN POCO EN PRO DE LA CAUSA DEL FASCISMO

Unos días después, Málaga había caído en poder de las fuerzas del fascismo internacional. Los alemanes, los italianos y los moros, eran ahora despóticos y brutales dueños de la ciudad y, unidos a los facciosos españoles, habían comenzado su implacable obra de persecución contra el pueblo republicano.

Aquel viejo recovero había desaparecido.

Los espías y emboscados que, durante el tiempo en que Málaga pudo permanecer fiel a las autoridades legítimas de la República, habían convivido con el pueblo, desarrollaban ahora una abominable tarea de facilitar delaciones contra las personas que, adscritas al Frente Popular y a las sindicales obreras, habían de ser fusiladas inexorablemente y sin previos trámites judiciales.

Los elementos pertenecientes a los sindicatos de trabajadores de los mercados, a pesar de que habían

hecho desaparecer los ficheros y documentaciones societarias, iban cayendo en manos de los esbirros fasciosos, como si un designio misterioso los fuera señalando, uno a uno, con sus nombres y domicilios.

Un día, aquellos camaradas que habían socorrido y amparado al viejo recovero, fueron detenidos por unos guardias civiles y conducidos al edificio de la Comandancia militar. En el antedespacho del general faccioso, unos militares falangistas se encargaban de anotar la filiación de los infortunados que desde allí, eran sacados en grupos y llevados al lugar donde les esperaba los piquetes de ejecución. Un encoquetado señorón, al que los facciosos hablaban con muestras de respeto y le nombraban con el título de «señor marqués», parecía dirigir los trabajos en aquella oficina y asesoraba sobre la personalidad de los presos.

Al entrar aquellos hombres en el mercado, el «marqués» se apresuraba a decirles a los militares:

—Estos son.

—Entonces, ¿se les fusila?

—Claro —respondió aquél sin b

tubear. Los vendedores quedaron anonadados; pero, al mismo tiempo, miraron al señorón con escrutadoros curiosidad. ¿A quién les recordaba aquel hombre? Su voz, sus rasgos, no les eran desconocidos. Y, de pronto, comprendieron. No había duda: ¡era el viejo recovero! Y no pudieron reprimir unos apóstrofes: «¡Canalla, espía! A empujones, sacaron de allí, al tiempo que el señor marqués de Marzales reía con cinico desenfado.

Y, mientras aquellos desdichados trabajadores iban camino de la muerte, por indicación del marqués éste comentaba displcente: No era mala gente; le habían tratado muy bien cuando él, haciéndose pasar por un pobre recovero, había alternado con aquellos hombres, para enterarse de quiénes eran los componentes de las sociedades obreras, pero se trataba de «rojos»... y no había que tener contemplaciones con ellos. Los militares y falangistas le contestaron con adulaciones: «¿Le que habría sufrido el «señor marqués» aquellos días en que hubo de alternar con los plebeyos! Pero a les atajó orgulloso de su traición: ¡Bah! Todo se había reducido a un pequeño sacrificio en pro de la causa del fascismo; pero lo daba por bien empleado en gracia al resultado obtenido. Ya habían caído casi todos los que habían sido sus incautos camaradas de unos días.

Y esto de haber correspondido a —conduciéndolos a la muerte— a generoso comportamiento de aquellos pobres trabajadores, era un gran honor para el «señor» marqués de Marzales.

El campo faccioso, campo de concentración

Los facciosos tenían establecido el procedimiento llamado del «día de un solo plato», una vez cada quince días. Un día de «hambre» oficial de la población en cada quincena. Desde el primero de agosto, por resolución de los «gobernantes» de Salamanca, el «día de un solo plato» deberá observarse cada semana. Desde este mes los desgraciados pobladores caídos bajo la bota sangrienta de los generales felones y del fascismo extranjero, tendrán que ayunar un día a la semana. Ayunar, mientras alemanes e italianos comen, beben y se engrasan a costa del hambre, del dolor y de la sangre del pueblo español.

(«Frente Rojo», 6-VIII-37.)

Este Boletín se reparte gratuitamente

El gran bluff hitleriano

"Cualesquiera que sean los alardes y desplantes del nazismo, el III Reich no podría, aun admitiendo los supuestos más favorables, mantener una guerra europea, porque le faltaría mineral de hierro"

Reproducimos, por considerarlo de excepcional interés, el excelente estudio de Walter Hildebrand, sobre las posibilidades de Hitler en la cuestión vital, para el régimen nazi, del abastecimiento de materias primas en tiempo de paz y en el caso de que la audacia insensata del dictador le llevara a una guerra contra las democracias. Dice así:

«Ha transcurrido un año del aporoso plan de cuatro años destinado a iniciar una nueva era mundial, y por ninguna parte se nota el alivio en cuanto a la provisión regular de materias primas; alivio, que, según las promesas de Goering, tenía que notarse apenas pasaran los primeros seis meses. Y donde menos se nota es en la industria del hierro, materia prima que, en cuanto a importancia, figura en primera línea en el «plan de cuatro años». La carencia de hierro ahora es mayor que nunca. La producción de hierro alemana oscila alrededor de 40.000 toneladas anuales. El hecho de que no pueda ser aumentada, se debe exclusivamente a la carencia de mineral de hierro y no a una falta de altos hornos, puesto que de los 175 altos hornos existentes en Alemania sólo están trabajando 115.

El abastecimiento de hierro es un problema central de la economía alemana y, por consiguiente, de la política alemana. El rearme alemán está amenazado por la carencia de hierro. Con el hierro alemán, a pesar del plan de cuatro años, sólo se puede cubrir la sexta parte de lo que el Reich necesita. Las cinco partes restantes, es decir, aproximadamente diecinueve millones de toneladas de hierro, deben ser importadas.

La mitad de la importación la suministró hasta el año pasado Suecia; una cuarta parte, Francia; una décima parte, España, y el resto, otros países. El principal abastecedor, Suecia, cuyo mineral, por razones de calidad —contiene dos veces más hierro que el de otros países— es el más necesario y empieza a disminuir sus entregas a Alemania y a aumentar las que hace a Inglaterra. Esto significa que aproximadamente el 15 por ciento de las necesidades alemanas quedará sin cubrir. El otro gran suministrador, Francia, acaba de concluir un convenio con Alemania, mediante el cual cambiará con el Reich hierro por carbón, pero sólo recibirá 7,2 millones de toneladas; de modo que con esto no se podrá llenar la laguna abierta por Suecia.

Queda España. Hace poco, Hitler confesó francamente en Wurzburg que la intervención alemana en España está relacionada con el abastecimiento de hierro. Franco entregó mucho hierro a Alemania, pero sus suministros no alcanzan el total de la exportación española anterior.

La esperanza de compensar la carencia de hierro sueco por medio de una victoria de Franco en España, tiene de momento un carácter meramente especulativo. Es un hecho paradójico, pero cierto: Si Alemania no hubiera urdido la rebelión en España, recibiría ahora de ella más hierro de lo que recibe de Franco.

La política alemana del hierro, por la que el III Reich ha provocado tantas inquietudes internacionales, es un fracaso. ¿Dónde queda todavía hierro disponible? ¿En América? Los yanquis quieren divisas; no quieren ningún «clearing»; además, el camino es largo y el transporte caro. ¿En Rusia? Los soviets lo necesitan y, además, Hitler no está en buenas relaciones con ellos.

¿En Yugoslavia? De allí se recibe algo por el «clearing», pero las cantidades son pequeñas. Además, también allí es Inglaterra el rival que paga al contado, para no hablar de la fraternal competencia italiana. No existen otros proveedores de importancia; de modo que no hay esperanza de que Alemania mejore su abastecimiento de hierro; al contrario: el año próximo los suecos disminuirán sus suministros; habrá que contar con un empeoramiento sensible.

Goering prevé este momento fatal y toma sus medidas. Una lluvia de nuevas disposiciones limita el empleo de hierro en la economía civil. Ante todo, el ramo de construcción, es alcanzado por estas nuevas disposiciones: se ha prohibido el entramado de acero y se limita el uso de vigas de hierro, en perjuicio de la seguridad. Cada vez hay menos hierro para finalidades civiles. Denota la absoluta primacía de las finalidades de rearme, el hecho de que un coronel del Estado Mayor haya sido nombrado jefe encargado del abastecimiento de hierro.

La perspectiva de la guerra domina toda la economía nazi. El abastecimiento de hierro se convierte para Alemania en una cuestión vital decisiva. ¿Cuáles serán en este caso las posibilidades? Francia, naturalmente, dejará de suministrarle. El camino entre España y Alemania quedará interceptado por las flotas inglesa y francesa. Lo mismo ocurrirá con el camino trasatlántico. Queda Suecia.

Su suministro es una cuestión política de muy problemático resultado, en cuya decisión, Inglaterra desempeñará un papel importante. Por lo menos Suecia, como ya lo hizo en la última guerra, tendrá que repartir sus suministros por partes iguales, entre los dos grupos de países beligerantes, lo que significaría una disminución de la exportación a Alemania. Si Rusia toma parte en la guerra contra Alemania, el transporte de hierro desde Suecia a Alemania será probablemente irrealizable. La marina rusa del Báltico va aumentando. La flota inglesa podría penetrar también en el mar Báltico, aun supuesto el caso de que Alemania le cerrara la entrada del Belt, lo cual es dudoso. La posibilidad de una expedición militar alemana a Suecia, para asegurarse el hierro sueco por las mismas razones expuestas, parece también muy dudosa.

Alemania tendrá que conquistar al principio de la guerra una base de mineral de hierro, porque de lo contrario no podrá mantener mucho tiempo la guerra. Necesitaría conquistar inmediatamente la Lorena y el Luxemburgo. En la Lorena hay mucho hierro, pero está separada de Alemania por la Línea Maginot. El Luxemburgo está indefenso, pero no da de sí más que siete millones de toneladas de hierro de calidad mediocre, lo que constituiría apenas una cuarta parte de las necesidades alemanas, pero también esta conquista sería insegura, a causa de la resistencia francesa.

Además, las minas y caminos de transporte se encontrarían en la línea de fuego de la Lorena.

¿Y en el frente Sudeste? Allí está el Monte de Minerales, en Estiria; su conquista por Alemania es probable. El Monte de Minerales contiene muchísimo hierro y se podría hacer la guerra durante mucho tiempo, sin que se agotara la producción del mismo; pero las minas allí existentes son bastante pequeñas. No rinden más que dos millones y medio al año. Y antes de

que se hubieran construido nuevas minas, sería —en una guerra— demasiado tarde. Además, el hierro no es de primera calidad y también Italia —el hermano en el «seje»— querría su parte. Sin embargo, el Estado Mayor podría sacar de allí un millón y medio de toneladas. ¿Queda todavía algo en el sudeste? Checoslovaquia puede producir dos millones de toneladas al año. Pero Checoslovaquia se ha fortificado enormemente en los dos últimos años y los sueños del «paseo militar» a Bohemia se han evaporado, por lo menos en la Bendlerstrasse. Además, es muy poco probable una conquista inmediata de la mantanosa Eslovaquia, la región más rica en hierro, situada al Este, lejos de Alemania. Lo mismo se puede decir de las minas yugoslavas, situadas en los montes de Servia y Bosnia, en el caso de que Yugoslavia tomara parte en la guerra contra Alemania e Italia. Una coalición de esta índole podrá tener consecuencias completamente opuestas: Los ejércitos yugoslavos y checoslovacos podrían alcanzar más rápidamente el Monte de los Minerales que los alemanes.

Hagamos un esfuerzo y trasladémonos al interior de los cerebros nazis más obtusos y fanatizados, y supongamos un momento que el III Reich lograra lo más inverosímil, es decir, la ocupación inmediata de Luxemburgo, Austria, Checoslovaquia y Yugoslavia. ¿Una suposición completamente fantástica! Pues bien, ni siquiera en este caso inverosímil se habría asegurado doce millones de toneladas de hierro, que, sumadas a la producción alemana del interior, daría al III Reich en conjunto más de 18 millones de toneladas. Y Alemania necesita «en tiempos de paz» 30 millones de toneladas. Con 18 millones de toneladas no podrá mantener la guerra más de siete meses, partiendo del supuesto —probablemente demasiado favorable— de que las necesidades de guerra no van a superar las actuales, que ya han alcanzado el mismo volumen que durante la Gran Guerra.

Para asegurar el abastecimiento de hierro, Alemania necesitaría desarrollar una campaña inicial, coronada de un éxito fantástico en el Este y en el Oeste; obtener la seguridad de recibir las necesarias cantidades de hierro sueco, lo cual no es un milagro aislado, sino toda una serie de milagros.

Si la estrategia alemana cuenta con tales milagros, no ha edificado sobre hierro, sino sobre arena.

Los aviadores italianos que ayudaron a Franco

ROMA. — El corresponsal de «Il Popolo d'Italia» escribe que las principales victorias que tuvo el general Franco en el frente del Sur se deben a los aviadores italianos.

El periódico continúa diciendo que fueron los aviadores italianos los que escoltaron a las tropas marroquíes a la Península.

Se dice que el héroe Carlo Muti, piloto del avión de bombardeo S-81, destruyó un submarino «rojo» que se aproximó a los buques de transporte.

Las informaciones que publica este BOLETIN responden siempre a la veracidad más estricta

El cardenal Paccelli en Francia

«El artículo 124 de la Constitución soviética, asegura a los ciudadanos, al mismo tiempo, la libertad de cultos y la libertad de propaganda antirreligiosa. Pero en la Alemania de Hitler, estas dos libertades han sido suprimidas.» (Palabras del Cardenal en Notre Dame.)

Tengo sobre mi mesa de trabajo un número de «La Croix» correspondiente al 14 de julio, y en él se publica un extracto del discurso pronunciado pocos días antes por el Cardenal Paccelli en la catedral de París.

Salta a los ojos la importancia y trascendencia de las palabras del sabio Cardenal. Las que encabezan este artículo fueron tomadas taquígraficamente y manifiestan bien a las claras la opinión de uno de los hombres más representativos de la Iglesia Católica. Intentaremos una breve exégesis, pero exponiendo antes nuestro juicio sobre la significación de su viaje como delegado del Papa en las fiestas de Liseux.

El propio Cardenal ha manifestado que el Padre Santo hubiese venido personalmente a Francia si no le hubieran retenido su ancianidad y su dolencia, pero en la carta de delegación, habla el Pontífice con tan fervoroso encomio de su Secretario de Estado, que bien claramente da a entender la importancia que concede al viaje y a la misión encomendada.

Francia es un país democrático, regido desde hace más de un año por un Gobierno del Frente Popular, y el hecho de que un delegado del Papa venga a saludar a Francia y a su Gobierno, en momentos en que la Alemania de Hitler persigue sañudamente al mundo católico, constituye un acontecimiento de excepcional importancia. La visita de este Legado, un año después de la victoria de las fuerzas democráticas sobre la reacción, parece —realmente lo es— una advertencia a los católicos franceses. Una advertencia que podría traducirse: «Ahorrad a vuestro país la vergüenza del fascismo. Miles de católicos sufren en las mazmorras hitlerianas. Probst, Presidente de las Juventudes Católicas, Gerliosek y Claussever, han sido cazados como perros, y el Padre Payer y Monseñor Schilling, Dean de Sarrebruck, después de encarcelados, han tenido que pedir hospitalidad al pueblo suizo, huyendo de la patria por la que tanto trabajaron.»

Todo esto y mucho más dice y significa para Francia y para el mundo la visita del Cardenal al país hermano. Y todo esto, unido a sus palabras, deben considerar y meditar gran número de católicos españoles, si la vesania del fascismo no cerró por completo su inteligencia a la verdad y sus ojos a la luz.

Esto es lo que a tiempo hemos visto quienes estamos al lado del Gobierno legítimo de España y de nuestro pueblo. «No quiere una Iglesia perseguida —ha dicho un prelado español desterrado por los facciosos—, pero la prefiero a una Iglesia esclavizada a los poderes públicos.» Yo añado: «Odio y detesto mucho más un país, una España, llevada políticamente por militares, por obispos y por la Compañía de Jesús, de la que es hechura Herrera, Gil Robles y tantos otros. Y conste, de una vez para siempre, que hago esta afirmación con pleno conocimiento de causa y con datos bastantes para constatar mi aserto. El Legado del Papa dijo en la inauguración de la Basílica de Lisieux, y ha repetido en Notre Dame, esta terrible condenación del Papa contra la idolatría «nazista»: Desde lo alto de este púlpito, como en todas las iglesias de esta nación noble y potente, debe levantarse, como la voz del Sinaí, la protesta indignada de un Pontífice octogenario para recordar los derechos imprescriptibles de un Dios personal, del Verbo encarnar.

Pues a esa Alemania oficial y perseguidora del cristianismo, está unida en el día de hoy multitud inmensa de católicos españoles y de ella reciben soldados y armas para asesinar al pueblo. ¿Que en España el fascismo no perseguirá a la Iglesia? Persegue y proscribire toda razón, toda justicia y toda legitimidad; pero ¿en qué fundamentan su aserto optimista y candoroso? El ejemplo de Vasconia es demasiado elocuente y clamará ante el tribunal de Dios la sangre de dignísimos sacerdotes asesinados en Sevilla y en Granada por practicar la caridad. Ejemplo vivo para propios y extraños era la vigorosa sindicación cristiana de Euzkadi, que hoy agoniza, estrangulado casi por las garras del fascio. ¿Por qué no la teníamos en Andalucía, en Extremadura y en Castilla? Sembrador de paz, ya que la guerra es tan cruel y odiosa, silencio mi opinión; pero clama al cielo el convencimiento de que fué nuestra cobardía la que nos hizo débiles para arrojarlos más tarde en manos de una violencia desenfrenada e inaudita.

Tiene razón el eminente Purpurado al reclamar de Francia esfuerzos y sacrificios para conseguir la paz del mundo. Llega a decir que es ésta la vocación colectiva de la gran democracia francesa en estos instantes. Y la paz tiene que asentarse sobre la justicia y el amor. «Francia —afirma— tiene necesidad de grandes corazones para restaurar en la práctica el orden social cristiano. Todo este mundo, cuyas olas de discordia baten las márgenes de la isla donde se levanta Notre Dame, no encontrará jamás la calma y la salvación, si aquellos que gozan de la fe no la acrisolan en el ardor irresistible del amor, sin el cual no es posible la conquista en los dominios del espíritu y del corazón. Un amor que sabe comprender, que es sacrificio, y que por serlo socorre y se configura: el que goza de bienes de este mundo —dice San Juan— y que viendo a su hermano en necesidad, no le abre enteramente su corazón, ¿a quién hará creer que lleva en él el amor de Dios?»

El fascismo es violencia, gregarismo, aniquilamiento de la persona humana, cuya dignidad suprema predicó siempre el cristianismo; éste es paz, generosidad, desprendimiento, amor sin fronteras y sin límites. ¿Cómo podrán apuntarlos y compaginarlos tantos sedicentes católicos de España y del mundo?

LEOCADIO LOBO

Valencia, agosto de 1937.

(Escrito expresamente para el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACION.)

Los efectivos militares de Franco

Por GOLUVIEV

Los efectivos de las fuerzas armadas en España antes de la rebelión eran de cerca de 200.000 hombres. Al lado de los rebeldes se encontraron, desde los primeros días, 100 a 120.000 hombres del Ejército de tierra, que, con la guardia civil, carabineros, aviación y marinos que se les unieron, sumaban cerca de 130 o 140.000 hombres. Contando a los requetés y falangistas, los efectivos de las fuerzas armadas de Franco durante los primeros días de la rebelión llegaron a cerca de 200.000 hombres, con aplastante superioridad de material que los rebeldes se habían apoderado.

Los cálculos hechos por los invasores al comienzo de la lucha quedaron limitados a un rápido e impetuoso aplastamiento de las republicanas por la toma de Madrid. La situación del frente de Madrid demostró la imposibilidad de realizarla con las fuerzas de que disponía entonces Franco. Los importantes refuerzos italoalemanes que llegaron en su auxilio le sacaron de aquella situación difícil y crítica. Además, Franco se esforzó en reforzar sus tropas por medio de formaciones complementarias, reclutadas en el mismo territorio de España.

En diciembre, en el territorio ocupado por los rebeldes se procedió al llamamiento de cinco quintas. A consecuencia de estas medidas, los efectivos de las tropas de Franco al comienzo de 1937 eran: Requetés y falangistas, de 60 a 70.000; ejército regular, de 110 a 120.000; reclutados en la retaguardia y para la defensa local de los frentes secundarios, cerca de 200.000, o sea un to-

tal de 370 a 390.000. Hasta julio se trabajó activamente en la recluta de moros en el Marruecos español, y llegaron a España destacamentos importantes de tropas italoalemanas. El número de moros últimamente reclutados no era menor de 20 a 25.000. El número total de las tropas de intervención llegadas en diferentes momentos al territorio español llegó a 120 o 130.000 hombres.

En julio, la prensa extranjera anunció que Franco había llamado nuevas quintas, lo que, según experiencia anterior, podía proporcionarle de 40 a 50.000 hombres como máximo. En total, los contingentes humanos de que disponía Franco durante el primer año de guerra, pueden ser calculados en 540 a 590 mil hombres. Las pérdidas de Franco durante el primer año de guerra ascienden a cerca de 150.000 hombres. En este número están comprendidas las unidades que se encontraban en Marruecos español, todas las tropas de reserva y auxiliares, así como los destacamentos locales que se encontraban en España. En cuanto a las formaciones de combate del ejército, sus efectivos una vez deducidos estos últimos, serán de 240 a 270.000 hombres como máximo. El aumento de los efectivos de las formaciones de combate está asegurado casi enteramente por la incorporación de soldados de intervención. El equipo técnico del ejército de Franco comprende actualmente de 700 a 800 cañones, de 300 a 400 aviones, de 200 a 250 tanques. Pero el refuerzo del ejército de Franco, bajo el punto de vista

numérico y técnico, durante este año de guerra, ha ido acompañado de un descenso del nivel cualitativo de los efectivos. Esto debe ser atribuido por una parte a la incorporación en el ejército de contingentes y quintas movilizadas a la fuerza y que durante el año de guerra han llegado en total a 200 ó 250.000 hombres. Este hecho, al que se añade a disminución del número de oficiales, hace que el ejército de Franco resulte ahora mucho menos seguro.

Por otra parte, la disminución del valor interno del ejército radica en los antagonismos entre los efectivos españoles rebeldes y las tropas de los invasores italoalemanes. Cuantas más tropas de éstas llegan al ejército de Franco, más insolentemente se conducen los oficiales italoalemanes en el campo rebelde y más se acusan las disensiones, no sólo entre las grandes masas de soldados, sino también entre los oficiales.

En estos últimos tiempos se multiplican cada vez más las explosiones más o menos abiertas del descontento de las tropas rebeldes contra los invasores italoalemanes, llegando en algunos lugares a producirse colisiones armadas que duran varios días. El insuficiente nivel cualitativo de sus unidades obligó a Franco y a los representantes de los Estados Mayores italianos y alemanes en España a basar la táctica de sus tropas en el predominio de la superioridad técnica.

El cambio de cualidad de las tropas rebeldes ha obligado a efectuar también cambios en su estrategia. Anteriormente, los cambios estraté-

Portugal pasa material de guerra canadiense para los nacionalistas

Según la «Gazette de Montreal», cuando el Gobierno del Canadá suprimió, en el mes de junio, la exportación directa a España, las exportaciones canadienses a Portugal se hicieron cuatro veces mayores; aumentó considerablemente el envío de aviones y de piezas de aviación que se supone eran reexpedidas a España.

Para detener este contrabando, el Gobierno canadiense ha tomado severas medidas de control sobre las exportaciones de material de guerra a todos los países.

gicos tenían como eje el deseo de terminar lo más rápidamente posible la guerra y tomar Madrid. Después de la derrota de Guadalajara los rebeldes renunciaron a sus ataques directos contra la capital y dirigieron los principales esfuerzos de sus operaciones sobre los frentes secundarios. La última ofensiva de las tropas republicanas en los frentes de Madrid ha atraído de nuevo hacia allí a las principales fuerzas rebeldes. Se podía suponer que habiendo contenido la ofensiva de las tropas republicanas, los rebeldes e invasores responderían con una nueva tentativa para tomar Madrid. Pero la resistencia de los republicanos en el sector de Brunete fué tan fuerte y las pérdidas de los rebeldes e intervencionistas en este combate tan abrumadoras que el mando rebelde, por el momento, no sólo no ha emprendido nuevos ataques contra Madrid, sino que no ha continuado sus tentativas de reconquistar parte de las posiciones ocupadas por los republicanos durante la ofensiva de julio.

Por el contrario, la actividad desplegada por los rebeldes en el sector de Teruel y otros sectores del frente del Sur, impulsa a preguntarnos si los rebeldes e invasores intentarán obtener en cualquier otro

sector un éxito, aunque sea pequeño antes de arriesgarse a nuevas operaciones contra Madrid. El mando de los rebeldes, personificado en Franco, tanto como los Estados Mayores italiano y alemán, no tienen en gran estima la calidad actual de las tropas rebeldes. Franco cree posible la ofensiva decidida contra los republicanos, a condición únicamente de reforzar esta ofensiva con 125.000 italoalemanes más (cerca de quince divisiones). Este es el mejor testimonio del aumento de la fuerza y la potencia del Ejército republicano español. Mientras el ejército rebelde, durante el primer año de guerra, ha aumentado numéricamente, pero ha bajado cualitativamente, el Ejército de la España republicana se ha desarrollado y convertido en una fuerza temible capaz no sólo de contener los ataques rebeldes, sino de asestarles golpes decisivos.

Este mismo proceso —disminución del nivel cualitativo de las fuerzas rebeldes e invasoras y potencia creciente del Ejército español republicano, es la garantía del éxito final indudable del pueblo español en la lucha contra las fuerzas unidas de los generales traidores y los invasores italoalemanes. — A. I. M. A. («Frente Rojo», Valencia, 7 agosto de 1937.)

ESTAMPAS de la guerra civil española

Por M. MILLARES VAZQUEZ

Publicamos a continuación los párrafos más interesantes de la conferencia leída por el señor Millares Vázquez, la noche del 16 de junio del 37, en los salones del Círculo Republicano Español de la Habana, bajo la presidencia del Excmo. señor Encargado de Negocios de España, don Jaime Montero, y de los escritores españoles Juan Ramón Jiménez, Rafael Suárez Solís y Angel Lázaro:

Nueve de agosto de 1936. Entré en España por la frontera de Cataluña, cuando la guerra civil se encontraba en pleno desarrollo. Port-Bou, Barcelona, Valencia, Albacete, Madrid. Estuve mes y medio en el corazón de España. Visité los frentes, presencié combates, bombardeos y ataques aéreos. Todos los días iba anotando mis observaciones de la guerra en artículos que envié por correo aéreo a la Habana. Más de cuarenta correspondencias periodísticas produje en ese tiempo. No se publicó una sola. Explicaba en ellas, principalmente, el origen, desarrollo y finalidad del movimiento insurgente; cómo fueron dominados los levantamientos de Madrid, Barcelona, Valencia, Albacete y otras ciudades leales al Gobierno; características especiales de la insurrección y una exposición sintética de las conquistas sociales realizadas por el pueblo.

—Ahora se encuentra allí, donde se levanta aquel humo blanco. Se están batiendo diariamente con nuestras fuerzas.

—¿Y el Alto del León?—dije yo.

—Está más arriba.

—¿Entonces, lo tienen ellos?

—Sí; lo tuvieron desde el primer día. Estuvieron mucho más cerca, sin embargo. Al principio, solamente unos cuantos cientos de metros los separaban de este palacio. ¿Ve usted aquel edificio? Es el cuartel de la Montaña. Cuarenta y ocho horas permanecieron las tropas, ya en rebeldía, acuarteladas en él. Creo que hemos ganado bastante desde entonces.

LA SUBLEVACION EN MADRID

El general Fanjul era un pobre hombre, incapaz de llevar a cabo un movimiento subversivo de la magnitud que se había planeado. Carecía, en absoluto, de

las condiciones más elementales que se requieren para mandar gente. Buen militar español, en el sentido doloroso de la palabra, conocía a la perfección la escuela de los pronunciamientos. La primera parte del golpe subversivo fué ejecutada por él con singular precisión y aparato. Acuartelamiento de tropas, insubordinación a la autoridad civil, desprecio para los gobernantes. Todo esto era lo clásico en España. Los hombres de la República, convencidos de la inutilidad de una resistencia, emprenderían la huida precipitadamente, abandonándolo todo. Al llegar ese instante, los generales saldrían a «hacerse cargo de la nación, para salvarla».

De haber ocurrido así las cosas, el general Fanjul hubiera sido una gran figura decorativa. Era un militar de corte «españolísimo», con el uniforme impecable y el pecho cubierto de deslumbrante ferretería. Pero sobrevino lo inesperado. Los hombres de la República, hicieron frente a la situación de un modo terriblemente heroico y decisivo. La traición de las militaradas quedó rota en ese instante. A partir de él, había que emplear la inteligencia propia y la capacidad personal para mantener el predicamento de las fuerzas organizadas sobre la razón de la ley y la voluntad de un pueblo dispuesto a batirse por sus derechos.

El general Fanjul era un pobre hombre y sólo supo mostrarse sorprendido. El día 17 de julio de 1936, por la noche, había llegado al Cuartel de la Montaña, llevando empaquetado, debajo del brazo, su deslumbrante uniforme de general. El día 18 era dueño absoluto de Madrid. El veinte se encontraba encerrado en un calabozo.

El golpe militar se desvaneció en Madrid con una rapidez increíble. Las fuerzas armadas de Carabanchel se rindieron con tanto apresuramiento como las del cuartel de la Montaña. Después, cayó Cuatro Vientos. Una especie de huracán derrotista cundió entre los facciosos y barrió de un solo golpe toda la armazón del movimiento antirrepublicano. El día 21 de julio, el Gobierno dominaba por completo la situación.

La primera evidencia de la incapacidad dirigente de Franco se encuentra en el arranque mismo del levantamiento, al comprobarse que la aviación no estaba comprometida en él. Un militar que no cuenta de antemano con un arma tan decisiva, aunque nada más sea que para anularla, no tiene por delante otro camino que el del fracaso. Cuando se remontaron los aviones de bombardeo, la batalla quedó decidida. En el instante de hacer explosión las primeras granadas aéreas lanzadas sobre Carabanchel, el Gobierno obtuvo la victoria.

Dominado el casco de la población, se supo entonces que los rebeldes bajaban por la Sierra. Eran las tropas de Avila y Segovia. Venían cuesta abajo con la

seguridad del carretero que rinde una jornada ya sabida. Llegaron casi a Torreldones. De pronto tropezaron con una inmensa mole humana, que avanzaba hacia ellos, crugiente y amenazadora. ¡Era el heroico, el magnífico, el sublime pueblo madrileño! Sonaron los primeros disparos. Yo no sé por qué coincidencia me viene a la memoria, cuando evoco este instante indescriptible, la visión imponente de un volcán desbordándose. Esa cosa espesa, roja y encendida que se llama lava, masa compacta y crepitante que avanza lentamente venciendo todo, salió al encuentro del ejército insurgente por la carretera de El Escorial. Era Madrid entero que se volcaba sobre la Sierra para defender con su sangre el honor de su libertad ultrajada!

Cayeron muchos hombres, pero las tropas de Franco mordieron el polvo de una derrota vergonzosa. Volaron puentes, tendieron alambradas, minaron la carretera. ¡Todo inútilmente! No pararon hasta perderse en las montañas, ocultándose entre los pinares, como bestias fugitivas y apaleadas, dejando jirones del pellejo en el camino, jadeantes y espumosas sus fauces devoradoras.

Yo recuerdo mi visita a Guadarrama, pueblo pequeño que estuvo en poder de los rebeldes al estallar la sublevación. Me acompañaba un querido compañero del periodismo que se encuentra aquí esta noche. Los insurgentes, expulsados de él por el pueblo de Madrid, se encontraban a muchos kilómetros; y no pudiendo recuperarlo, entretenían su rencor destruyéndolo sistemáticamente con su artillería, emplazada en el Alto del León. Nosotros llegamos a Guadarrama en un instante de tregua. Vimos los efectos ruinosos de las granadas rebeldes. Solamente unos milicianos se encontraban parapetados detrás de unas paredes. Se nos ordenó que regresáramos inmediatamente, porque aquellas casas, la Iglesia, las plazas y los jardines, eran el objetivo de los cañones fascistas. Apenas habíamos andado dos kilómetros, una sucesión de explosiones llegó a nuestros oídos. La artillería enemiga había hecho blanco. Y una nube de humo y llamas cubrió por completo aquella aglomeración de residencias humanas, levantadas por el esfuerzo del hombre laborioso piedra a piedra.

LA INTERVENCION EXTRANJERA

La sublevación española tiene dos fases. La primera comprende exclusivamente el golpe de estado que se lleva a efecto sin salir de las fronteras. La segunda señala el punto de partida en la intervención extranjera.

Tres días nada más duró el litigio entre españoles. El 20 de julio, el Gobierno de la República había vencido la insurrección en sus puntos vitales. Perdido el movimiento en Madrid, Barcelona, Valencia, Bilbao, o sea

(Continuará)